



Antonio Balsalobre

MARYAM DE SIYASA

Una mujer y una ciudad en tierras de frontera



**alfoqueque
ediciones**

Cieza
2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Maryam de Siyasa”
© Antonio Balsalobre Martínez, 2020
© Alfaqueque Ediciones, 2020
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Maquetación y diseño cubierta: Fernando Fernández Villa
Ilustración cubierta: Antonio Moreno Marín

Primera edición: septiembre de 2020
IBIC: FV
THEMA: FV
ISBN: 978 84 949252 7 6
Depósito legal: MU 490-2020

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



ÍNDICE

| | |
|------------------------|-----|
| Mapas | 10 |
| MARYAM DE SIYASA | 13 |
| LA VASIJA ROBADA | 17 |
| Capítulos I-IV | 19 |
| SIYASA 1243 | 33 |
| Capítulos 1-84 | 35 |
| LA VASIJA ROBADA | 375 |
| Capítulo V | 377 |
| SIYASA 1266 | 381 |
| Capítulos 85-90 | 383 |
| Bibliografía | 413 |

A mi madre

Si alguna vez me veis
vivir tranquilamente,
con el alma conforme,
no dudéis en pisarme
porque ya habré muerto.

María Pilar López 1916-2006

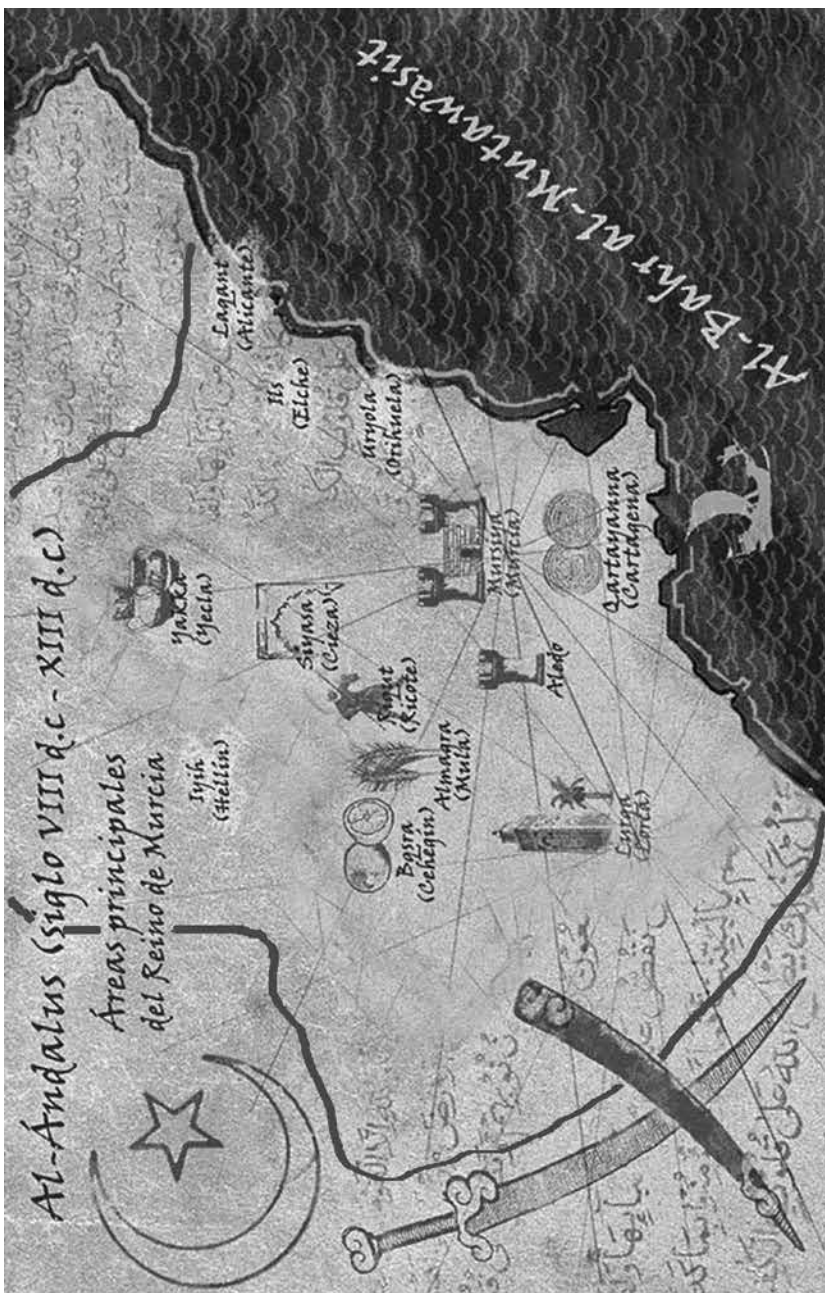
No existe alegría sin una sombra de miedo,
Y no hay desaliento sin una sombra de esperanza.

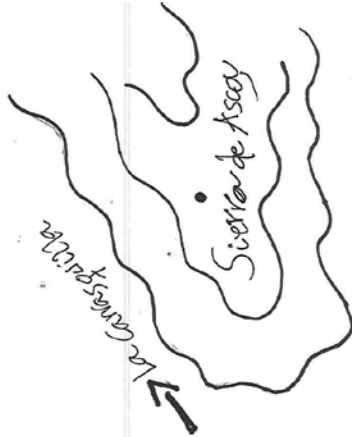
Wisława Szymborska 1923-2012

Miré el rayo oriental
y amé el Oriente.
De ser rayo occidental
hubiera amado el Occidente
pues mis ansias de amor
son para el rayo solamente.

Ibn Arabí 1165-1240 (adaptado)

No hay ciudad abandonada que no renazca
cuando alguien vuelve a pisar sus calles.





• Los Almaderes
• El gorsolón

Río Segura

• El Grinte

• La Atalaya

• Siyasa

• Los Jardes

• Alquería Cristiana (ciudad)

• Benja

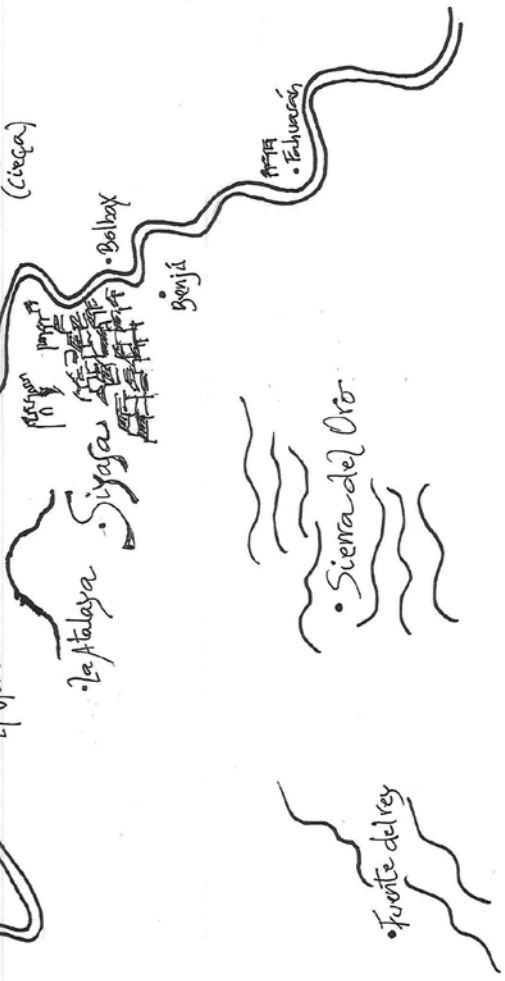
• Belbox

• Fahuacán

• Sierra del Oro

• Fuente del rey

• El Almorchón



ADVERTENCIA PREVIA

Algunos de los lugares, personajes y hechos narrados que aparecen en esta novela están inspirados, más o menos libremente, en lugares, personajes y acontecimientos históricos reales. Otros, en cambio, son completamente ficticios.

Página 10

Fuente: www.regmurcia.com. Mapa adaptado y modificado por el editor.

Página 11

Mapa realizado por J. M. C. M.

MARYAM DE SIYASA

Me llamo Maryam Ben Uzmán —o Ana María Guzmán, como prefieran— nacida en Siyasa en 1235, hija de padres judíos y madre de hijos cristianos. Conversa, más que por convicción, por los avatares de la historia. Por esa historia que nos ha marcado a sangre y a fuego a quienes hemos vivido el convulso siglo XIII, el de la rendición del poder musulmán en el Reino de Murcia frente al imparable expansionismo castellano. Años aciagos para unos y prósperos para otros, dependiendo del bando al que se pertenecía o al que se apoyaba, cuando el rey Alfonso X hizo suyas estas tierras, castellanizándolas y cristianizándolas. Cuando se desmoronó el orden musulmán establecido en el 711 de la era cristiana y se asentó el poder del rey Sabio después de sofocar la rebelión mudéjar en 1266.

Nadie puede elegir la época en que desea vivir, pues nos viene impuesta por el nacimiento, pero sí podemos —solía decir mi madre— elegirnos a lo largo de nuestra vida. Siempre he procurado seguir este precepto, esta idea, aunque en numerosas ocasiones haya tenido que pagar un alto precio, personal y social. A menudo he pensado, y sigo pensando, aunque de momento los acontecimientos no me den la razón, que vendrán tiempos mejores, más tolerantes, más libres, más justos. Para todos, sobre todo para las mujeres. Pero estos son los míos, los que me ha tocado vivir.

De nada sirve, pues, lamentarse. Mucho menos cuando, como es mi caso, ya he sobrepasado los años de la mediana edad y me adentro sin remedio en los de la edad tardía.

He sufrido a lo largo de mi vida muchos sinsabores. Demasiados, quizá. Demasiados desencantos y pérdidas. Pero pocas veces me he rendido. Y cuando lo he hecho ha sido siempre por poco tiempo, el mínimo necesario para volver a tomar impulso o reponerme de mis derrotas.

“Nací para luchar y lucho sin tregua ni descanso sin darme por vencida”, dejó escrito una poeta siyásí nacida en el año 916 y fallecida en el 1006. Como ella, yo también he preparado día a día mi combate para salir “a campo abierto, y estrellarme en las noches”. Y aunque el mundo se me haya escapado tantas veces por mis heridas, no ha faltado “algún milagro de sangre restañada” que me haya impulsado a seguir adelante. Y siempre ha habido sitio para una nueva esperanza.

Nunca he vivido, es verdad, con el alma conforme. Y he luchado, sí. Como una mujer del siglo XIII. Como las mujeres de todas las épocas. Y a mi manera he roto ciertos convencionalismos y me he liberado de algunas ataduras.

Siempre he sentido una gran inclinación por los estudios, la poesía y la escritura. Y alentada por mi madre, he procurado, en la medida que he podido, entregarme a estas pasiones. He escrito pues bastante más de lo que suele escribir la mayoría de hombres y mujeres de estos tiempos. Pero, hasta ahora, poco sobre mí. Por pudor. Por precaución. Para salvaguardarme de miradas indiscretas quizá.

Tampoco he tomado nunca demasiadas notas, tal vez por las mismas razones. Así que me toca ahora

echar mano de la memoria para traer a estas hojas parte de lo vivido.

No me gustaría, sin embargo, acaparar demasiado protagonismo en lo que acabe contando. Desearía más bien que fuera Siyasa la heroína de esta historia. Siyasa y sus gentes. Mi Siyasa. Encaramada todavía sobre el monte, aunque sola y abandonada. Espléndida, radiante, luminosa en los años de mi infancia; despoblada y en ruinas en los de mi vejez.

No sé si las páginas que me propongo escribir llegarán un día a algún destinatario. Tampoco sé dónde las guardaré. Si por casualidad caen en manos de alguien, no será, desde luego, mientras yo viva. Mis razones —que cualquiera podrá entender— tengo. ¿Por qué escribirlas entonces?

Muchas veces me lo he preguntado y ninguna respuesta me ha satisfecho del todo. Si he decidido seguir adelante es por un deber de memoria que yo misma —para bien o para mal— me he impuesto. Para restablecer en cierto modo la verdad de un tiempo y una ciudad, Siyasa, y la de una mujer: yo misma. Una ciudad que, si nadie lo remedia, se irá perdiendo poco a poco en el olvido y una mujer cuyo anhelo más profundo ha sido unir lo que otros separaban y a quien le ha tocado vivir en un siglo de dolor y grandeza, convulso y heroico.

LA VASIJA ROBADA

I

PRINCIPIO DE LOS AÑOS 80

Viernes bullicioso en el *Túnel*. Atronadora, la música de *Leño* marca el pulso de la tarde. Corre la cerveza. Golpes de guitarra y acordes destemplados de rock urbano reivindican “maneras de vivir”. Las voces de las conversaciones compiten con los estribillos de las canciones que algunos tararean a coro.

El *Túnel* hace honor a su nombre. No es más que un tugurio formado por un estrecho pasillo con la barra a la derecha y un cuarto oscuro con pretensiones de reservado al fondo. Es cutre y moderno a un tiempo.

Como cada viernes, Marcos charla y bromea en la puerta del garito con sus compañeros de excavación. Como viene siendo costumbre, tanto los arqueólogos que dirigen el desenterramiento de la antigua Siyasa como los voluntarios que les ayudan han quedado allí para tomar unas cervezas y hablar de los últimos hallazgos. Es una buena manera, quizá la mejor, de rematar una semana intensa de trabajo. Distendidos y joviales, conversan animadamente.

Son jóvenes. Chicos y chicas, universitarios en su mayoría, que han decidido colaborar de forma desinteresada en la recuperación de la medina andalusí sepultada. Un despoblado que tiene todos los visos de ser excepcional.

—Yo diría que a mediados del siglo XIII, en sus momentos de mayor esplendor, Siyasa debió de albergar cerca de 800 casas —comenta Joaquín, girando la mano a derecha e izquierda como queriendo indicar que solo se trata de un cálculo aproximado.

Joaquín es uno de los jóvenes arqueólogos que más ha bregado para que se inicie esta excavación.

—Luego debió de tener una población que superaba los cinco mil habitantes —deduce Julio, también investigador, antes de echarse un trago a la boca.

Marcos hace como que escucha pero tiene la cabeza puesta en otra cosa. El resto del corro sí que sigue las explicaciones con atención y la mayoría asiente.

—Incluso pudieron ser más —aventura María, que habla con aplomo—. En cualquier caso, estamos hablando de una ciudad de bastante envergadura.

De vez en cuando pasa un coche por la estrecha calle y hay que romper el corro para dejarlo pasar. La música, que sale en tromba del interior, dificulta por momentos la comunicación pero no la imposibilita.

—Una medina importante, sin duda, que no sabemos por qué murió hace siete siglos.

Hay caras que dibujan muecas de sorpresa mientras algunos hombros se encogen en signo de interrogación.

—Y es que cuesta entender —lanza otra chica— cómo, casi de la noche a la mañana, en apenas unos años, Siyasa pudo quedar sumida en el olvido.

Los arqueólogos, que llevan años devorando todo lo que cae en sus manos sobre este periodo histórico —Torres Fontes, Rodríguez Llopis, Guichard, Arroyuelo y tantos otros—, y devanándose los sesos sobre lo que pudo y no pudo ser, prefieren callar de momento antes de aventurar nada.

—Murió porque así lo quiso Jaime I y luego Alfonso X, que con su política de expansión empujó al exilio a sus habitantes en 1266 —aventura un becario.

—Y porque así lo quisieron los nuevos pobladores cristianos, que prefirieron la llanura del valle a sus laderas escarpadas —apuesta otro.

Los arqueólogos ni confirman ni desmienten. Mejor esperar a que las excavaciones vayan arrojando más luz sobre lo que pudo acontecer.

—No olvidemos —precisa Joaquín— las diferencias existentes entre los sistemas productivos de unos y otros. Musulmanes y cristianos tenían maneras distintas de explotar el territorio.

El caso es que abandonada primero, derruida y sepultada por el paso del tiempo después, y condenada finalmente al olvido, tocaba ahora devolverla a la luz. Y en esas estaban.

Junto a ellos, un grupo de amigos también conversa alegremente. Pertenecen al *Club*. Un ateneo comprometido política y socialmente que apuesta por la convergencia del mundo obrero con la cultura.

Uno de ellos, Martín, ha compartido alguna mañana de trabajo con los excavadores. El tema le interesa, así que tiene un oído puesto en la conversación de al lado. Además está decidido a escribir una novela sobre Siyasa y lo que dicen podría serle útil. También ellos toman cerveza, pero siendo viernes, si se tercia, se quedarán hasta más tarde y se pasarán a los cubatas y a los gin-tonics de Gordon's. O de Larios, más baratos y que tampoco están tan mal.

Inquieto, Marcos abandonó el corro con el pretexto de que necesitaba ir al aseo. Tuvo que cruzar todo el bar hasta llegar a los lavabos. Y también el patio inte-

rior, donde sentados en un banco de obra varios jóvenes charlaban mientras uno de ellos liaba un cigarro medio a escondidas.

El mismo disco de *Leño* llevaba horas sonando. El dueño del bar solo se molestaba en levantar el brazo del tocadiscos, llevarlo a su posición inicial, sentir el clic que activaba el movimiento del plato, y dejarlo caer de nuevo en los primeros surcos, más espaciados, del LP.

Juan le había pedido varias veces que cambiara de música.

—¡Futi, joder, pon otra cosa!

Le hubiera gustado decirle “pon a Lole y Manuel”, pero no se lo dijo, “Demasiado lento para estas horas. Y además, no creo que lo tenga”.

Marcos hizo como que orinaba y regresó con sus compañeros, que en ese momento se disponían a brindar por los hallazgos arqueológicos de la semana. Durante el recorrido le pareció como si se tambaleara un poco. “¿No será que estoy acojonado?”, se preguntó. “¡Qué va! Lo que pasa es que estoy bebiendo más de la cuenta”. “Será por la cerveza, tomada así, a palo seco”. Pero en lugar de euforia y envalentonamiento, que era el efecto que en un primer momento solía producirle la bebida, lo que sentía era vértigo y temor. No podía dejar de pensar en lo de allí arriba, en Siyasa, en lo que allí le estaba esperando. Un impulso lo sacaba del Túnel y lo empujaba hacia las ruinas sepultadas de aquel despojado y otro lo clavaba en aquel bar. Mientras se debatía entre subir o no en la oscuridad de la noche, una compañera lo sacó de su ensimismamiento:

—¿Qué te pasa, tío?

—Nada —atinó a decir.

Pero sí que le estaba pasando, porque lo que iba a hacer le parecía reprochable, indigno.